

*23 de abril de 2024 - Martes de la 4ª semana de Pascua "A"*

[Hechos 11, 19-26; Juan 10, 22-30](#)

### **Homilía**

El Evangelio de hoy, como el de ayer y el del domingo, habla siempre del Buen Pastor. Evidentemente, esta imagen decía mucho a la gente de Galilea y Judea a la que Jesús se dirigía.

El pueblo de Israel había pasado de ser una pequeña tribu nómada a convertirse en un pueblo sedentario. En esta cultura sedentaria, el papel del pastor protegiendo a su rebaño de los ataques de los animales salvajes y guiándolos en busca de comida y agua era muy importante. Por eso, los profetas del Antiguo Testamento utilizaron a menudo esta imagen del «pastor» para describir el cuidado de Dios por su pueblo. En el breve pasaje del Evangelio que acabamos de leer, la frase principal, la que da la clave para entender todo lo anterior, es la última: El Padre y yo somos UNO, dice Jesús. Él es el verdadero pastor.

Aunque ya no vivamos en una cultura en la que sea habitual ver a un pastor guiando a su rebaño de ovejas, no nos resulta difícil comprender el mensaje que transmite el uso de esta imagen.

La Iglesia es la comunidad de todos los que han puesto su fe en Cristo, los que han escuchado su voz y quieren seguirle. El pastor de la Iglesia es él, Jesús de Nazaret, siempre vivo en medio de nosotros porque estamos reunidos en su nombre. Escuchamos su Palabra y le seguimos. Estamos bajo su protección. Esto es cierto para la Iglesia universal, como lo es para cada una de las comunidades locales que, juntas, en su comunión mutua, constituyen el Misterio universal de la Iglesia. Esto es cierto de una diócesis, una parroquia o una comunidad monástica.

La Iglesia somos, por tanto, todos nosotros y todos aquellos que en todo el mundo han puesto su fe en Jesús de Nazaret. Dentro de esta Iglesia hay, por supuesto, personas a las que se les han encomendado diversas responsabilidades y ministerios; están, por ejemplo, el Papa, los obispos y los sacerdotes. La Iglesia no son ellos; la Iglesia somos todos nosotros, incluidos estos líderes. A algunos, debido al ministerio que tienen que desempeñar, se les da el título de «pastores». Pero el único «verdadero pastor» es el que dice, en el Evangelio de hoy: «Yo soy el verdadero pastor». Me parece que estas palabras pueden animarnos y evitar que perdamos la confianza.

La primera lectura, de los Hechos de los Apóstoles, sigue describiendo los inicios de la primera comunidad cristiana. Aquí vemos el papel excepcional desempeñado por el apóstol Bernabé. Bernabé fue enviado a Antioquía por la comunidad de Jerusalén para ver qué ocurría allí, porque se había rumoreado que el Evangelio también se estaba predicando allí a los griegos y que estaba siendo recibido por ellos. Para entonces, Pablo, que se había convertido recientemente, había regresado a su casa en Tarso, y todos le mantenían alejado porque sospechaban de él. Bernabé tuvo la brillante idea de ir a buscar a Pablo y empezar a predicar con él en el mundo griego. La historia de la Iglesia habría sido completamente diferente de no haber sido por el gesto de Bernabé y su gran humildad. Bernabé era la estrella ascendente de la primitiva comunidad cristiana. Rápidamente fue suplantado por Pablo y humildemente se dejó suplantar.

Así surgió esta inmensa e incontable multitud de testigos procedentes de los cuatro puntos cardinales, testigos siempre vivos por su fe en Cristo, a pesar de las lágrimas y el sufrimiento que padecieron.

Que cada uno de nosotros se esfuerce este día por escuchar la voz del Buen Pastor, por dejarse embargar por la alegría de ser conocido por Él, por seguir sus huellas, descubriendo la vocación personal que cada uno de nosotros ha recibido para ser su testigo allí donde Él nos ha llamado.

Armand VEILLEUX